

Me invitaron para que cuente por qué soy editor. Se me ocurren dos posibles maneras de abordar esa respuesta: desde las causas, que me remiten al pasado, y desde los objetivos, que me proyectan al futuro. Me falta mucho camino por recorrer, pero me encuentro en un punto en donde creo que puedo ver con bastante claridad de dónde vengo, y hacia donde me dirijo. Voy a comenzar hablando de las causas, les resumiré la cadena de sucesos que pueden haberme traído a ejercer esta profesión.

No puedo decir que desde niño haya querido ser editor, no imagino por qué un niño querría algo así en lugar de ser astronauta, bombero, científico o ninja. Yo pasé por todas esas etapas, pero cuando llegó la hora de escoger una carrera, decidí que iba a ser artista plástico.

Supongo que existe alguna extraña relación entre las artes plásticas y el ejercicio de la labor editorial, porque conozco muchos colegas que comparten conmigo ese oscuro pasado de estudiante de arte. Pero no es una relación tan transparente como podría pensarse: no se trata de que “haces libros bonitos porque estudiaste arte” o “tu catálogo es tu obra de arte”... No. Es un camino retorcido que está marcado sobre todo por el riesgo y el desencanto.

Entré a estudiar arte porque me gustaba pintar y dibujar, asistí a talleres extracurriculares durante mis últimos cuatro años de colegio. Siendo condescendiente con la versión 2001 de mí mismo, podría decir que me matriculé en ese programa porque sabía que me iba a abrir un panorama de acción muy amplio. Siendo un poco más duro, puedo reconocer que fue por pura inocencia adolescente. Un par de semestres después, esa misma inocencia adolescente me llevó a abandonar la idea de ser artista plástico.

Influyó el hecho de que vivía muy lejos de la universidad, y transportar los trabajos de dibujo y de pintura, que solían ser en grandes formatos, no me quedaba fácil. Comencé a inscribir otro tipo de talleres donde se me permitiera entregar obras más “conceptuales”, pero me aburrí muy rápido.

No abandoné el programa académico, pero me enfoqué en una línea de estudio sobre gestión cultural que la universidad había abierto recientemente con la idea de darle a los estudiantes de

arte algunas herramientas para sobrevivir al mundo real. El área no podía ser más ambigua o más básica, pero reconozco que hice muy buenos amigos... y salí con algunas bases de montaje, pedagogía, curaduría y producción de publicaciones.

Nunca me fue muy bien en las clases de historia, no encontraba el gusto en sentarme tres horas en un salón oscuro viendo diapositivas y repitiendo fechas y nombres. Fui testigo directo de un gran cambio tecnológico que mejoró un poco la situación: al final de la carrera, los proyectores de diapositivas habían sido reemplazados por el nunca bien ponderado combo Video Beam / Power Point. Las clases de historia seguían siendo tres horas en la oscuridad, viendo imágenes, pero era diferente cuando el que hablaba no era un profesor que llevaba treinta años coleccionando diapositivas de diferentes museos del mundo y tenía la última palabra sobre cada obra. Me empezaron a tocar profesores que armaban su presentación en Power Point con la ayuda de Google Images la noche anterior a la clase; pero esa situación me gustaba más, porque le permitía al docente proponer más relaciones con diferentes imágenes cada vez, dejando un mayor margen de interpretación para los estudiantes.

En estas circunstancias acepté, recién graduado de la universidad, un trabajo como asistente en el área de historia del arte. Di algunas clases como profesor sustituto y luego me asignaron un pequeño módulo de una introducción a la historia del arte. Pero lo más interesante fue vincularme a proyectos de investigación. Revisando archivos de prensa de los años cincuenta, descubrí que la historia era mucho más que fechas y nombres, y que lo importante no es lo que se memoriza, sino encontrar la manera de contar las cosas, decidir qué contar y qué no.

Llegué a pensar que había encontrado una actividad a la que quería dedicarle varios años de mi vida, el ejercicio académico me permitía combinar la investigación y la docencia. Duré un poco más de un año. Reconozco que me dio duro recibir la noticia de que no me iban a renovar el contrato, pero creo que lo superé una hora más tarde cuando me encontré con una amiga que después de escucharme me preguntó qué iba a hacer ahora: montar una editorial, respondí. Como si la idea hubiera estado allí todo el tiempo. Y debió haber parecido que sabía muy bien de qué estaba hablando, porque mi amiga me dijo que sería mi socia.

Comenzamos a trabajar el día después de haber entregado mi cargo. Lo primero que decidimos fue el nombre: Laguna Libros. Le pusimos así por una cuestión anecdótica que no tiene importancia en este momento, y nos sonó bien; luego fue cobrando sentido. Hicimos muy rápidamente la constitución legal de la empresa, después nos sentamos a pensar qué era tener una editorial. Queríamos crear un sello. Hicimos una lluvia de ideas de libros que nos gustaría publicar. Salió de todo: cuento, teatro, poesía, cine... pero alguien nos recomendó que nos concentráramos en una sola área, para ahorrar esfuerzos en materia de divulgación, especialmente. Así comenzamos a publicar libros de arte, porque los dos habíamos estudiado eso, motivados por la misma inocencia adolescente.

Antes de publicar nuestro primer libro nos asociamos con otra amiga se enteró del proyecto y confió en él. Ese primer título casi se agota el día del lanzamiento. Por supuesto, éramos tres emprendedores jóvenes, más el autor, y todos con familias grandes. Después no se vendió mucho, era una edición pequeña, creo que todavía quedan algunos ejemplares en bodega. Gastamos el dinero que recogimos en la impresión de nuestro segundo título. Entonces nos dimos cuenta de que, para seguir financiando el sello, íbamos a necesitar otras fuentes de ingresos. Comenzamos a ofrecer servicios editoriales y conseguimos más de un cliente que confiara en nosotros y nos permitiera cometer errores y aprender con su capital.

Así duramos casi tres años. Los clientes nos daban el material, nosotros corregíamos los textos, escaneábamos las imágenes, diseñábamos los libros y los mandábamos a imprimir. Nos quedaba un poco de tiempo para publicar un par de libros anuales en nuestro sello. Pasamos de trabajar en la casa de mi socia a conseguir una oficina, y contratamos a otra amiga como nuestra primera empleada.

Con los primeros títulos propios, desarrollamos algunos criterios de publicación. No existían, en aquel momento, libros de arte más allá del mercado académico o el mercado de lujo. Quisimos hacer libros que no excluyeran a los lectores ni por el precio ni por utilizar un lenguaje especializado. Medios como el collage, la fotografía y el dibujo nos permitieron jugar con pequeños formatos e impresiones en blanco y negro, que reducían los costos de producción. Bajo esta mirada, encontramos material que quizás había sido exhibido en una galería, pero que en el

formato impreso permitía una relación diferente, más íntima con el lector. Le dimos al catálogo un enfoque donde comenzaron a ser importantes los conceptos de archivo y memoria.

Comenzamos a pensar en el nombre de la editorial más allá de la interpretación geográfica: Laguna la masa de agua; ahora era Laguna, en relación con el olvido.

Vender en las librerías era muy difícil, no sólo porque nadie nos conocía, sino porque los lectores que iban a las librerías no buscaba un producto como el que estábamos ofreciendo. Las ventas en los lanzamientos eran cada vez menores. El dinero que recibíamos por los servicios que prestábamos nos alcanzaba para pagarle a la empleada, pagar el arriendo de la oficina y los servicios públicos, e imprimir un par de libros anuales en nuestro sello.

Así pasaron dos años. Mis socias se retiraron. Vi que no iba poder seguir dedicándome simultáneamente al sello y a los servicios editoriales. Escogí lo primero, pero pasó un año más para terminar de saldar los compromisos adquiridos con los clientes.

Conformé un nuevo equipo y nos endeudamos para participar en la Feria del Libro de Bogotá, completando doce títulos de los cuales cuatro fueron novedad en la feria.

Fue importante haber hecho ese esfuerzo. No fue posible pagar la deuda inmediatamente, pero, de nuevo, el saldo pedagógico fue muy grande. Consistió en estar por primera vez en contacto real con un público real, más allá de un pequeño círculo de conocidos. Pudimos recibir todo tipo de comentarios, desde el “¿qué es esto?, no entiendo” hasta el “ah, ustedes son los que publicaron este libro que me gustó mucho, ah, pero también este” o el “¿por qué nunca había visto sus libros?”.

Nos dimos cuenta de que habíamos estado haciendo las cosas mal. Como habíamos relegado el sello editorial dentro del modelo de negocio, nunca nos habíamos esforzado por conocer a nuestros lectores, ni a los librereros. Creíamos que sabíamos mucho del tema que estábamos publicando: arte. Pensábamos que este juego sólo se trataba de proponer contenidos de buena calidad y esforzarse por venderlos. Pero comprendimos que la esencia de nuestro trabajo estaba en otro lugar, y que para encontrarla debíamos estar dispuestos a cambiar.

Un amigo que vio el stand en la feria, me dijo que hasta entonces habíamos hecho libros, pero a partir de ese momento éramos una editorial. Viéndolo retrospectivamente, supongo que puedo decir que a partir de ese momento me convertí en editor, porque entendí que el público no es un ente pasivo, sino que me cuestiona y me reta.

¿Recuerdan que al comienzo de esta charla les comentaba que se me ocurren dos maneras de contar por qué soy editor? Bueno, pues creo que ya he hablado suficiente de las causas, ahora hablaré de los objetivos.

Mi generación ha visto grandes cambios en el mundo a nivel político y tecnológico. Creo que eso ha generado en nosotros una suerte de comodidad en el cambio. En ese marco, no creo que con mi labor yo esté buscando romper un gran paradigma en la edición contemporánea, o establecer una manera específica de hacer las cosas. Pero al mismo tiempo, todo lo que hacemos puede significar mucho para alguien más. No estoy tratando de decir que desde la edición podemos aportar un granito de arena para alguna causa más grande, a lo que me refiero es a que un libro que nosotros publiquemos puede significar una experiencia completa para el lector. Y una experiencia lo puede ser todo. Si no, traten de recordar un libro que su madre les leyera a los cinco años para que se durmieran, o aquel que leyeron a los catorce años y los hizo faltar a clase para poderlo terminar, o aquel que les regaló alguien que quisieran mucho.

Las transacciones que hacemos en este negocio van mucho más allá de unas cuantas toneladas de papel: comerciamos emociones, angustias, deseos, asco y piedad.

Cuando trabajaba como asistente de investigación, revisando archivos, aprendí que la producción editorial es una especie de aduana de la historia. Hay cosas que quedan y cosas que se quedan. En mi primera feria aprendí que lo que publicamos no es un archivo muerto, puede ser el motor de un universo.

Uno como editor, así sea de esos a quienes nos llaman independientes, tiene voz y voto en el comité redactor de la historia oficial.

A pesar de que los resultados económicos no eran muy alentadores, las reacciones de las personas me dieron un nuevo impulso. Yo no soy profesional en literatura, pero siempre me ha gustado mucho leer. Comenzar a publicar literatura fue un gran paso para el sello editorial. Se salía de mi zona de comodidad, pero me ha permitido acercarme de otra manera al material que estoy considerando publicar: no como los antiguos profesores de historia del arte, que se las sabían todas; sino como el nuevo, que tiene un universo enorme en sus manos y tiene la oportunidad de vivir experiencias maravillosas y compartirlas.

No hemos dejado de publicar libros de arte, pero nos falta mucho para encontrarles un público más amplio.

Ya hemos publicado tantos libros de literatura como de arte. Nos hemos enfrentado a nuevos retos y estamos entrando a nuevos mercados. Hemos ido a ferias internacionales y nos hemos dado cuenta de lo mucho que falta.

En literatura, hemos rescatado del archivo, y reeditado, autores que estaban coqueteando con el olvido. Pero también llevamos un poco más de un año publicando autores vivos y activos, jóvenes que están proponiendo cosas nuevas, pero también revisan con mucha atención su historia, su pasado. Hemos seguido reiterando nuestro interés por el archivo, la historia y la memoria, pero la literatura nos aportó un concepto que no habíamos explorado mucho cuando sólo publicábamos libros de arte: la ficción.

Nunca hemos realizado un estudio de mercado. Inicialmente porque no hemos tenido el capital, o lo hemos invertido con otras prioridades en mente. Pero además, cada día me convengo más de que otro de mis objetivos como editor es evitar ese paso. Porque si se le pregunta a alguien por lo que quiere, siempre se va a tener una respuesta. Pero ¿qué pasa cuando el lector no sabe lo que quiere?, ¿o no lo conoce?... Esos son los lectores que yo busco; los que se arriesgan a abordar un libro con la misma inocencia con la que un adolescente elige su profesión, sin saber a qué se está metiendo. Con ellos, el único estudio válido es cuando el libro impreso se vende en las librerías.

